

Discurso del ex Presidente Frei al finalizar la campaña electoral

1705

Llegamos hoy al término del proceso electoral, y con la presencia impresionante y multitudinaria de ustedes, nuestras palabras cobran un nuevo vigor y sentido al dirigirnos al país entero.

LA ELECCION DEL 4 DE MARZO DEFINE EL DESTINO DE CHILE

Esta elección no es una elección más en la historia de Chile. En ella está en discusión el régimen político, la organización social, el sistema económico y el destino educacional de la niñez chilena. Es, por lo tanto, una elección que definirá por mucho tiempo el destino de Chile.

Por eso, en ella, cada chilena y cada chileno debe asumir su responsabilidad. La Democracia Cristiana ha asumido la suya; y comprendiendo

su deber patriótico, ha integrado con otros partidos la Confederación Democrática.

El Chile que nosotros defendemos y recibimos como legado tiene una realidad. Este país está entre los tres primeros de Latinoamérica en cuanto a su renta por persona, en cuanto a su nivel educacional, en cuanto a su organización social. Y está seguramente entre los diez primeros, si contamos a los 120 ó más países en desarrollo. Con esfuerzo y sacrificio de muchas generaciones, Chile se había levantado para alcanzar un punto de despegue en su desarrollo y en su vida económica y social. Los chilenos, con duros sacrificios, iban logrando cada vez más cosas: tener su casa, su trabajo, una buena educación para sus hijos, su televisor, y muchos de ellos tenían o esperaban tener su automóvil.

Este no es un país que estuviera en la miseria y destruido. Estaban levantándose miles de viviendas y de escuelas.

LA DESTRUCCION DE LA ECONOMIA

Esa realidad hoy se ha quebrado bruscamente. El país asiste a un proceso de destrucción como no había conocido en su historia. Los campesinos chilenos, los pequeños y medianos propietarios sufren el desaliento y la inseguridad de una política verdaderamente suicida. Por eso el país hoy tiene menos trigo, menos aceite, menos azúcar, menos carne, menos maíz. ¡Con qué esfuerzo este país iba logrando cada año subir un tres, cuatro o cinco por ciento su producción de alimentos! ¡Y cómo en dos años, con qué fácil irresponsabilidad, hemos bajado en un 20, 22, 25 por ciento, y en algunos productos hasta en un 50 por ciento!

La misma crisis se observa en la industria nacional, y para qué decir en el área social estatizada, que en vez de mantener su calidad y financiar el desarrollo; dejan enormes pérdidas, que caen sobre los hombros de todos los chilenos.

¿Quién ha administrado estas empresas? ¿Quién ha fijado los precios? ¿Ha sido la oposición? No, señores. Ha sido un Gobierno incapaz de darle a nuestras industrias el desarrollo, la ampliación, el incremento que el país esperaba. Y para qué me voy a referir esta noche, ante el pueblo de Chile, que conoce muy bien el desastre, a lo que ha ocurrido en el cobre, en el hierro y en el salitre. ¡Terrible catástrofe que el país no terminará nunca de pagar!

Al comienzo de este Gobierno se vivió un período de aparente progreso, derivado de lo que dejamos. Hoy día, a través de un trágico manejo financiero, el país tiene un déficit de más de 40 mil millones de escudos en el presupuesto; se han generado emisiones desorbitadas, que se están traduciendo en el más grande fraude a nuestra moneda en la historia de Chile; nuestro comercio exterior está en crisis; las pérdidas de las reservas acumuladas son monstruosas. El endeudamiento es acelerado, y no para invertir y para crear, sino para mal comer.

Por estas causas profundas, Chile vive una inflación, la más alta del mundo y de su historia. Vive la escasez y el mercado negro. Vive las colas y la desvalorización monetaria. Y vive, sobre todo, en vez de la independencia ofrecida, una creciente y trágica dependencia del exterior.

En estas condiciones, el país, dentro del esquema que el Gobierno representa, no tiene solución posible. Y quiero llamar la atención en esta hora de Chile, que frente a este proceso inflacionista ya no puede engañarse al país con pa-

labras. Los más castigados en este proceso no son los que tienen más. Son precisamente los que tienen menos. Son los trabajadores y los empleados; son los que dependen de un reajuste, y con mayor dureza esa inmensa proporción de chilenos que no lo tienen, y que son las víctimas más sacrificadas por este proceso inflacionario.

Tampoco es cierto que se haya dado a los chilenos una alta tasa de ocupación. Si no hay inversión, no hay ocupación real, y hay muchos miles en la Administración Pública o en las empresas estatizadas o intervenidas, que en realidad no tienen una ocupación sino un subsidio sobre la base de destruir la economía chilena.

Por eso, los trabajadores, que tienen conciencia y saben más de lo que el Gobierno cree, comprenden muy bien que si no se abren nuevas industrias ni se amplían las existentes, que si se agotan los stocks de repuestos y de materias primas, no tienen una ocupación segura. Por eso cunde una sensación de inseguridad, aún entre quienes sostienen este régimen.

Hay inseguridad para el obrero chileno. Hay inseguridad para el empleado. Hay inseguridad para la mujer en su hogar. Hay inseguridad para una juventud que no puede tener esperanza si su país se ve detenido y estagnado por una política sin destino.

Esta misma noche, en esta hora de decisiones para Chile, preguntamos: ¿quién es el responsable de esta situación? ¿Quién ha dirigido la política agraria? ¿Quién tiene el control del Banco Central y de las emisiones? ¿Quién maneja el más grande presupuesto de la Historia, el área social, los bancos, el cobre? ¡A quién pueden culpar cuando ellos tienen la directa responsabilidad de lo que ocurre!

Por eso, esta elección constituye —aunque no lo quieran— un plebiscito ante la Historia y ante el Pueblo de Chile.

Los que quieran que esta situación termine, dénnos el poder necesario para exigir un cambio profundo y definitivo.

LA DESTRUCCION DE LA UNIDAD NACIONAL

Pero Chile, con el tiempo no sólo venía construyendo su desarrollo económico. Chile, así como estaba al borde del despegue en su proceso material, es un país políticamente desarrollado. Es un país que ha vivido en un sistema social y político de profunda democracia. Este es un país de convivencia. Nosotros podíamos en Chile di-

ferir, pero nunca fuimos enemigos entre los chilenos.

La Historia de Chile es una larga lucha por la justicia y por perfeccionar la democracia. Así nació —para bien de Chile— una amplia clase media. Así nació después el proletariado industrial organizado. Así nació el campesinado organizado y la reforma agraria. Así se hizo el proceso de integración de las unidades vecinales a través de la promoción popular y de las Juntas de Vecinos. Y así el país, en este proceso, había logrado echar las bases de la organización popular que permitiría la participación del pueblo.

A través de esta política social se iba redistribuyendo progresivamente los ingresos, la educación iba alcanzando a todas las capas. No hay duda de que en ningún país esta lucha por la justicia ha terminado. Aún en los más poderosos y ricos hay enormes vacíos, pero en Chile el proceso de perfeccionamiento democrático estaba en marcha. Podía discutirse su ritmo, pero nadie podía negar que estábamos a punto de coronar un proceso de integración nacional.

Hoy en cambio, el país vive en el sobresalto, en la angustia, en el temor y en la inseguridad, y se ha quebrado la línea de este proceso histórico.

Se ha dividido a los chilenos. Primero entre ricos y pobres. Pero jugar al odio es muy peligroso. Hoy se extiende a todos los sectores. Se extiende entre los campesinos, entre los que están con el régimen y los que disienten de él; se extiende en las poblaciones, en las organizaciones juveniles, en los sindicatos. Por eso sentimos que está destruyendo la unidad y la paz entre los chilenos. Y Chile presenta progresivamente el espectáculo, no de un país unido, sino de un pueblo en camino de desintegración.

LA ELECCION ES UN PLEBISCITO ANTE LA HISTORIA Y ANTE EL PUEBLO

Por eso ésta es una elección en que el pueblo tiene la oportunidad para darnos a los chilenos que militamos en estas filas el poder necesario para terminar con estos métodos y con estos sistemas y para restablecer la paz y la unidad entre los chilenos.

La prueba de que en este plebiscito se definen caminos la da el hecho de que al observar la plataforma que representan los partidos de Gobierno no vemos ánimo alguno de rectificación. Al revés. Dicen que la revolución no se somete a elecciones. Ahora pretenden quitarle valor al

juicio del pueblo en circunstancias de que el año pasado las más altas autoridades del Estado aseguraban que tenía el 47 por ciento del electorado nacional.

Es bien curioso lo que pasa en este momento. Ellos afirman que si ganan lo harían todo: transformar el Congreso Nacional en Asamblea Popular; reformar los Tribunales de Justicia; reafirmar la existencia de las JAP.

Pero si gana la oposición democrática dicen que aquí en Chile no ha pasado nada. ¡Qué lógica más increíble!

Por eso nosotros creemos que esta elección es de trascendencia para el futuro de Chile. El país vive hoy amenazado por el odio, por la violencia, y encubierto este proceso por la mentira organizada en su propaganda.

Han inventado complots y sabotajes. Culpan a otros de sus propios errores y atacan con violencia a las personas recurriendo a todos los medios.

¿POR QUE ME ATACAN?

Excúsenme si esta noche me refiero por primera vez —y creo que por última— a estos ataques. Creo de mi deber hacerlo, no por mi persona sino por mi Partido y por el cargo que ocupé por voluntad del pueblo chileno.

Incapaces de contestar con argumentos, incapaces de refutar las cifras que con porfiada persistencia no admiten discusión, incapaces de un debate elevado y claro para enjuiciar una política, no se les ocurre otra cosa que recurrir a la mentira y a la calumnia para destruir a las personas.

¿Por qué me atacan? Primero, para cubrir con una cortina de humo sus desaciertos; segundo, porque el recuerdo del gobierno de la Democracia Cristiana está vivo, y cada vez que hay una cola la gente lo recuerda. En vez de suprimir las colas se dedican a atacar al gobierno anterior. Me atacan porque saben que contamos con el apoyo popular, y lo va a demostrar el pueblo dentro de tres días. Nos atacan con los peores métodos del stalinismo.

Y quisiera aquí —porque no estoy dispuesto a recoger tanta mentira ni a bajar a los charcos del odio— ante el pueblo de Chile, al que han querido inútilmente envenenar, referirme a los sucesos de Puerto Montt y El Salvador.

Cuando éstos ocurrieron y después que dejé el gobierno, centraron sus ataques para decir que el responsable de ellos era Edmundo Pérez, con injusticia evidente, ya que ni siquiera era Minis-

tro del Interior cuando ocurrieron los sucesos de El Salvador. Quisieron mostrarlo como culpable, incitando en contra suya a la gente hasta convertirlo en fácil presa de un crimen político.

Ahora, desaparecido él, centran el ataque en contra mía, tal vez buscando iguales propósitos.

Muchos gobiernos han tenido que sufrir desgracias como las que ocurrieron en el nuestro. Pero nunca la infamia había responsabilizado a un Presidente como autor directo de las muertes de algunos ciudadanos.

Cuando don Pedro Aguirre Cerda era Ministro del Interior de don Arturo Alessandri, en su primera Administración hubo trágicos sucesos en las pampas de Tarapacá, mucho más graves y más dolorosos. Pues bien, ¿habría alguien tan menguado que lo culpara a él de esos hechos? ¿No fue después elegido Presidente de Chile?

Yo digo que mucha mayor responsabilidad en esos hechos tienen los partidos de la Unidad Popular que fueron a través de sus personeros más destacados los que organizaron los conflictos, los que incitaron a la gente, los que en cada conflicto eran los primeros en tomar un avión para llegar a azuzar a la gente, y que ahora se escandalizan y rasgan sus vestiduras ante lo que ellos sistemáticamente hicieron. Ellos organizaban todo, y como siempre, cuando se presentaba el choque, desaparecían.

En estos dos años y medio de gobierno de la Unidad Popular ha habido más de 60 muertos y muchos baleados, que recordamos con profundo dolor. ¿Qué diría el país si yo fuera un hombre que quisiera traficar con la muerte y dijera aquí que el culpable de ello es el señor Salvador Allende? Si yo dijera eso del Presidente de la República cometería una villanía. Son villanos los que hacen tamaña acusación en mi contra.

Con la misma táctica han tratado de utilizar la memoria respetada y para mí venerada del General Schneider. En su infamia no se detienen ante ninguna mentira, por monstruosa que sea. Y aun cuando la he rechazado y la rechazo, hipócritamente me piden que me pronuncie.

No me importa que me ataquen, me hacen un favor, porque la misma monstruosidad de su campaña llega a producir asco en sus propios partidarios decentes. Aquí tengo que dar emocionadas gracias a mi Partido, en especial a su Presidente Renán Fuentealba, a todos los parlamentarios, a la declaración tan terminante que hiciera Radomiro Tomic, mi viejo amigo; y sobre todo tengo que agradecer al pueblo de Chile, que en Antofagasta, en La Serena, en Talca y en Temuco, se ha presentado para testimoniar su fe

en nuestro movimiento y en cierta forma para testimoniar su repudio a ataques tan miserables.

¿Puede seguir este clima moral? Por eso le decimos al pueblo. Si quieren que esto termine, dénnos el respaldo para que esto cambie.

ESTO DEBE TERMINAR

El pueblo al votar el 4 de marzo quiere algunas cosas bien concretas que me atrevería a señalar:

Quiere que termine una política económica funesta para el país.

Quiere que se controle la inflación.

Quiere que se termine con las colas.

Quiere que se termine con la escasez y con el mercado negro.

El país al votar el 4 quiere que se dé confianza y seguridad para trabajar.

El país quiere que se termine con las estatizaciones o nacionalizaciones a base de presión o de intervenciones arbitrarias y que el único camino para hacerlo sea la ley.

El país quiere que se aplique la ley y se termine con la política de los rescucios legales, que es una manera de burlarla.

El país quiere que se asigne la tierra a los campesinos y que no los conviertan en siervos del Estado. Que se dé garantía de inexpropiabilidad en los predios en su superficie mínima fijada por la ley.

El país al votar quiere que se dé seguridad a los trabajadores, que se termine con los despidos arbitrarios y con la persecución política.

El país pide seguridad para las personas, para la familia, para la comunidad nacional. Y para eso exigirá que se termine con los grupos armados y que el control de armas se haga efectivo. De este modo se terminará sobre la amenaza que pende sobre los ciudadanos pacíficos de Chile.

El país al votar el 4 pedirá que se respeten los organismos autónomos del pueblo, los municipios, las Juntas de Vecinos, los sindicatos, los asentamientos y cooperativas, que la ley ha creado y el pueblo elegido; y que se termine con las JAP y con los comandos comunales, que son organismos ilegales.

El país al votar quiere que se hagan responsables a los que administran y que se extienda en Chile un juicio político, por causales precisas y determinadas, a los funcionarios que cometen abusos e incorrecciones.

El país, al votar el 4 por nosotros y la oposi-

ción democrática, quiere que se controle el área social de la economía, que hoy nadie fiscaliza y que se investigue la responsabilidad de los interventores y administradores, que con su gestión están produciendo enormes pérdidas, que tenemos que pagar todos los chilenos.

El país al votar el 4 quiere que se establezca la igualdad ante la ley para trabajar, comer y vivir. Que baste ser chileno, ser honrado y tener capacidad y no se les pida certificado político de partidos de Gobierno, cualesquiera que sea.

El país al votar el 4 quiere pleno respeto de la libertad de información; una Televisión Nacional pluralista y objetiva y el derecho de la televisión universitaria a su extensión. Pedirá que se dé financiamiento adecuado por ley a las radios y autonomía financiera a las Universidades y al Poder Judicial.

LA TAREA DE LA RECONSTRUCCION NACIONAL

Pero nosotros, estimados amigos —y excúsenme que les quite unos minutos más porque esta ocasión es demasiado importante— nosotros no sólo estamos relatando un hecho negativo. Es cierto que cuando una casa comienza a derribarse lo primero es impedir que se caigan sus muros. Pero hay que abrirle un camino a Chile y ese camino se llama reconstrucción nacional.

No hay duda de que el mundo entero vive una crisis. La viven los países socialistas y la vive el Occidente. Asistimos a una crisis de la civilización; y si nosotros nos colocamos en el Occidente, a una crisis de la civilización occidental. Los cambios científicos y tecnológicos han transformado la naturaleza de la vida y de la convivencia humana. El alma de los hombres está herida. La técnica ha cambiado las mentes. Así como en el pasado se hizo un paso de una sociedad feudal a una sociedad industrial, ahora estamos asistiendo a lo que podríamos llamar el paso a una sociedad post-industrial, que a nosotros nos afecta en sus cambios.

Por eso vivimos una crisis profunda, incluso en la autoridad de la familia. Una crisis incluso en la Iglesia. Vemos a la inquieta y retadora juventud que tiene otra visión del mundo. Estamos pasando por una época de profundos cambios, más allá de la superficie, cambios más hondos en la naturaleza de la sociedad y en la concepción del hombre.

La razón profunda del fracaso a que asistimos hoy en Chile no es porque nosotros le temamos a los cambios. Es que cuando el país estaba bus-

cando su propio camino en libertad para reallizarse se le ha querido aplicar un esquema ideológico arcaico, conveniente para la sociedad industrial europea del siglo XIX. Se ha tratado de imponer un esquema ideológico, repitiendo el trágico error de tantos países en América Latina. Quieren copiar, atrasados, lo que otros hacen, y nos quieren hacer repetir en Chile la experiencia dolorosa de otros países que han sido sometidos por guerras e invasiones y que una vez destruidas los han sometido a una disciplina de hierro; y por último, cuando ha intentado rebelarse, han aparecido las tropas extranjeras.

Por eso nosotros creemos que hay una equivocación de raíz en este proceso.

La reconstrucción nuestra no es para volver al pasado. Ninguna sociedad humana está retrocediendo. Ni los hombres más ciegos pueden negar que este proceso de cambios abarca el mundo entero. Cambios hacia una nueva sociedad. Pero nosotros no queremos que esas cambios sean un esquema impuesto, extraño a nuestro ser, a nuestra Historia, a nuestra voluntad.

Queremos que esos cambios respondan a la realidad de Chile; que sean el fruto de nuestros propios conceptos, de nuestras propias ideas, porque nosotros nos creemos capaces de ser seres humanos, capaces de mirar su Patria y construir nosotros la nueva sociedad en el respeto al hombre.

Por eso queremos cambios dentro de la ley y en libertad. Cambios para unir y no para dividir. Queremos cambios para todos los chilenos y no que se centralicen en un sectarismo militante. Queremos cambios para la participación del pueblo y no cambio de patrón por uno nuevo burocratizado, centralizado y estatal.

TODOS TIENEN CABIDA EN ESTA TAREA

Es en este espíritu que llamamos a esta tarea a todos los chilenos de buena voluntad. Como lo dijo muy bien el presidente de nuestro partido: una sola corriente política no puede realizarlos. Hay que ampliar la visión. Llamamos aquí a todos los chilenos, a la gran masa de los independientes; llamamos también, no a los que han delinquido en el poder, porque esos tendrán su castigo, pero sí a todos los chilenos equivocados que creyeron encontrar una nueva senda en el programa que se ofreció. Vengan aquí. No hay espíritu de revancha ni de odios. Aquí hay un gran llamado a todos para reconstruir la patria.

EL SENTIDO DE LA RECONSTRUCCION

Queremos reconstruirla moralmente y con sentido de comunidad nacional; queremos reconstruir el espíritu de trabajo y de disciplina, sin lo cual no hay progreso ni vida. Sobre la base de la solidaridad y no del sectarismo. No queremos los viejos abusos, pero tampoco queremos abusos nuevos. Queremos reconstruir la autoridad dentro de la ley y la economía chilena en la participación del trabajo, con sentido de eficiencia y de respeto por las jerarquías de la técnica, del mérito y de la experiencia.

Queremos reconstruir nuestra Administración, para que sea un servicio para todos los chilenos.

Por todo esto es necesario triunfar para tener la posibilidad de reconstruir Chile. Para eso necesitamos la presencia del pueblo organizado, porque muchas veces en la historia una minoría organizada ha sojuzgado a una mayoría desorganizada.

LA RECONSTRUCCION, RESPONSABILIDAD DEL PUEBLO ORGANIZADO

Por eso esta es la tarea de todos: de los sindicatos, de las organizaciones juveniles y de estudiantes, de los centros de madres, de las Juntas de Vecinos, de los municipios, de los grupos regionales. No hay reconstrucción sin un gran consenso de la base social, no sólo en la superestructura política.

Esto crea obligaciones para los partidos. Hay que superar los viejos moldes y convertirse realmente en caminos de conducción, pero no en organizaciones de predominio. El Partido Demócrata Cristiano tiene ya muy claro que el triunfo no es para beneficiar a sus militantes, sino para servir a Chile. No se dará el caso, si mañana el pueblo nos da su confianza, de que alguien lleve a la Administración o a una industria, diciendo que tiene preferencia por ser demócratacristiano. Las puertas estarán abiertas para todos los chilenos libremente, siempre que vayan realmente a trabajar.

Por eso en todos los sectores estamos organizando en la base social, los Comités de Reconstrucción y Participación y en cada sitio de trabajo hay que ir tomando la responsabilidad necesaria para emprender esta tarea, porque la participación no es un slogan, sino que realmente es el fruto de un esfuerzo y una responsabilidad.

LA POSICION DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA

Por eso la Democracia Cristiana, en esta hora de Chile, se presenta con su rostro y sus ideas ante el país entero. Su posición responde a una filosofía profundamente democrática y humanista, respetuosa de la dignidad y de la libertad del hombre y plantea este programa de reconstrucción para la patria entera.

Hemos adquirido con el pueblo un compromiso solemne que nada podría variar ni debilitar siquiera. Esta no es una actitud electoral. Traspasa los límites de una elección. Se engañan quienes piensan que podemos modificar nuestra posición. Jamás hemos engañado al pueblo. El país podrá criticar alguna de nuestras actitudes, pero tendrá que reconocer que cuando hemos planteado algo, hemos sido siempre fiel a la palabra empeñada. Y no olvidan que cuando llegamos al Gobierno dijimos que no cambiaríamos nuestro programa ni por un millón de votos. Así lo cumplimos. Podemos equivocarnos, pero nunca hemos traicionado la confianza del pueblo, al cual, sobre esta base, le estamos pidiendo su apoyo.

El país vive una hora muy difícil. El año 73, en el curso de los próximos meses, será aún más difícil. La dramática situación del país no se arregla con parches ni acomodados. Menos con maniobras o habilidades en el juego político. No son argucias las que el país requiere, sino una política coherente que responda a un pensamiento, a una moral, a un programa y a métodos adecuados en la acción.

Nosotros hemos definido el camino. De él no nos apartaremos, porque sobre esa base hemos pedido el apoyo del pueblo.

Nuestra misión histórica como partido es clara y definida, darle al país una salida democrática que le permita recuperar su fuerza, su prestigio, su grandeza.

HAY QUE RESPETAR LA VOLUNTAD DEL PUEBLO

No queremos para nuestra Patria una guerra civil ni un enfrentamiento. ¿Por qué habíamos de quererlo? Muchos andan diciendo que si nosotros triunfamos habrá enfrentamiento. Eso es amenaza y se llama chantaje. Hay que respetar la voluntad del pueblo. Y si triunfamos también estamos dispuestos a hacerla respetar.

El pueblo tiene una sola arma: su voto secreto. Ese es el arma de cada chileno y cada chilena. Esta es la oportunidad de Chile. Como dijo

el presidente del Partido, la garantía la da la parte mayoritaria del pueblo; la da el honor de nuestras Fuerzas Armadas, que no dejarán atropellar la ley, y la darán también los carabineros, que han actuado con tanto sacrificio en estas últimas horas.

Este partido es demasiado fuerte en su tradición y en su historia. Tiene una gran conciencia demasiado madura de su propio destino y su propia realidad para que no sepa comprender cuáles son las raíces profundas de sus males y la fórmula de solución.

Por eso hemos dado esta campaña con alegría y con optimismo, con decisión y con fuerza. Apoyados en el pueblo y en su voluntad creadora hemos cruzado sin detenernos frente a la insidia y el ataque, porque nuestra fuerza radica en nuestras convicciones, en la adhesión inestimable de la mujer chilena, en el apoyo mayoritario de los trabajadores, en la maravillosa vitalidad de nuestra juventud, en la inteligencia de nuestros técnicos y profesionales y en las perspectivas de nuestros intelectuales y artistas.

Por eso sentimos correr por las venas de nuestra Patria la ardiente sangre que levantó el primer ferrocarril de América, el primer telégrafo

de América, la primera línea de navegación de América, la primera estación de telecomunicaciones por satélite de América, y paseó sus banderas siempre con honor.

Por eso esperamos, sin orgullo, pero con fe, que seamos capaces de mostrar a América y al mundo cómo la democracia se defiende con las armas de la democracia.

Por eso el día domingo le pedimos a los chilenos que no se dejen engañar, y los que no se atreven a votar, que no lloren después lo que no supieron defender como hombres.

Yo creo, al ver esta inmensa respuesta de Chile, que una vez más podrá decirse de nosotros:

"De remotas naciones respetada por fuerte, principal y poderosa que no ha sido por rey jamás regida ni a extranjero dominio sometida."

Por eso, esta noche en que culmina esta campaña que hemos librado por la Patria, no hay un grito que pueda reflejar mejor nuestra presencia ante el cielo y ante Chile, que este: ¡Viva Chile, nuestra Patria querida!

Santiago, 1° de marzo de 1973